

Federico Aznar Fernández-Montesinos
Capitán de fragata de la Armada

RECENSIÓN

Winston Churchill y su época. El político bipolar

José Ignacio Domínguez García de Paredes

Editorial: Silex Ediciones S. L., 2022 (684) páginas

ISBN: 978-84-19077493

WINSTON CHURCHILL Y SU ÉPOCA

EL POLÍTICO BIPOLAR

José Ignacio Domínguez García de Paredes

Prólogo de Juan José Laborda



*«And did those feet in ancient time
walk upon England's mountains green?
And was the holy Lamb of God
on England's pleasant pastures seen?
And did the countenance divine
shine forth upon our clouded hills?
And was Jerusalem builded here
among those dark Satanic Mills?»*

*Bring me my bow of burning gold!
Bring me my arrows of desire!
Bring me my spear! O clouds, unfold!
Bring me my chariot of fire!
I will not cease from mental fight,
nor shall my sword sleep in my hand,
till we have built Jerusalem
In England's green and pleasant Land».*

Jerusalem, William Blake

El himno *Jerusalem* fue compuesto por el poeta inglés William Blake en torno a 1804 y musicado por sir Hubert Parry, ya en 1916, durante la Primera Guerra Mundial. A ello, luego, se sumarían los arreglos que, como homenaje al compositor tras su fallecimiento, incorporara Edwar Elgar en 1922.

El texto está inspirado en Milton y en la leyenda del paso de Jesús y san José por Glastonbury (Somerset). Habla de fundar una nueva Jerusalén en Inglaterra que es presentada de forma bucólica frente a un mundo industrializado simbolizado por unos «molinos satánicos». Está disponible en YouTube y su audición es muy recomendable.

Esta música, al simbolizar las esencias del país, se ha venido a interpretar, en ocasiones, a modo de himno nacional de Inglaterra, ya que esta nación, parte del Reino Unido, no cuenta con ninguno oficial. La película *Carros de fuego* de Hugh Hudson (1981) toma su nombre de uno de los versos de Blake citados para describir el ambiente elitista británico de la década de los veinte del siglo pasado en el contexto de las Olimpiadas de París.

Esa idea y ese espíritu son precisamente los que subyacen en el libro que ocupa este artículo, *Winston Churchill y su época. El político bipolar*. El libro, de 678 páginas y publicado por Silex en 2022, ha sido escrito por José Ignacio Domínguez García de Paredes y cuenta con un prólogo del expresidente del Senado Juan José Laborda. Domínguez, gran amante de la historia, es licenciado en Derecho y analista político. Ha ejercido como inspector de Trabajo y Seguridad Social desde 1975 y cuenta con experiencia diplomática.

En el trabajo, la figura de Churchill, que participa con intensidad en las decisiones de este tiempo, es utilizada como guion o *leitmotiv*, para describir un tiempo y unos personajes (Chamberlain, Halifax, Patton, Eisenhower, Montgomery...) del máximo

interés actual. Se sitúa en un periodo pivote, pues va desde el reinado de Victoria hasta las primeras reconfiguraciones de Oriente Medio. Un momento que se podría calificar como bascular y que la tradición china no dudaría en calificar como «interesante» por los cambios geopolíticos, políticos y sociales que incorpora. Ello se traduce en una notable densidad de acontecimientos de trascendencia histórica y en unos personajes, que son los que los afrontan, de interés desde el punto de vista estratégico.

Y es que tiene lugar la transición de un imperio, el británico, a otro, el americano, que toma conciencia de sí mismo y se convierte en potencia global en el contexto de la alteración del *statu quo*. Con ello se produce el recambio de una multipolaridad desequilibrada por una bipolaridad constituida, además, por actores emergentes.

Esta experiencia es útil. Y es que la historia es un saber empírico o inductivo, su uso como herramienta se sitúa, para más señalamiento, en lo mejor de la tradición británica, dicho sea de paso, frente al carácter deductivo y de arquetipos propio del racionalismo francés. Citando a Mark Twain, la historia no se repite, pero rima.

Churchill, fuente de no pocas oportunas y atrevidas citas, es una figura deformada por mitos y emociones, pero también por lo relevante de su aportación política a la historia de la humanidad, lo que hace que se sea benévolo con los errores propios de un hombre impulsivo. De hecho, y así lo manifestó, preocupado por cómo le trataría la historia, se decidió a escribirla el mismo, empeño por el cual obtuvo nada menos que el Premio Nobel de Literatura. Un proceder muy oportuno e inteligente. Como ejemplo, lord Balfour opinaba que su obra cumbre *The World Crisis*, dedicada a la Primera Guerra Mundial, era «una brillante autobiografía, disfrazada como una historia del universo».

Su vida es de una gran complejidad. Nacido en el palacio de Blenheim en 1874, su padre era el tercer hijo del 7.º duque de Marlborough y su madre era la norteamericana Jennie Jerome, proveniente de una adinerada familia; tuvieron dos hijos en total. Sumaban ambos blasones y talegos. Con todo, el precio que pagaría por la convergencia sería grande. El padre fallecería de sífilis en 1895, a los 45 años, y su madre tendría múltiples amantes. Como resultado, él sería educado con frialdad afectiva, pero en los mejores internados, si bien su paso por ellos sería sin un especial lustre, pero estos se verían complementados con una formación autodidacta favorecida por su madre. Y dispondría en su testamento fondos para continuar el mantenimiento de la tumba de su niñera que él personalmente atendía.

Pertenecía así, por derecho y cultura, a lo más rancio y distante de la aristocracia británica, de cuyo tren de vida y patrones de conducta podría servir de exponente; tal cosa reclamaba un ingente gasto económico que debió satisfacer por medios propios toda su vida. Se casó con Clementine Hozier, de orígenes también nobles, aunque no era adinerada, y con la que tuvo cinco hijos. Pese a ello, la vida de la familia no fue feliz. De hecho, no fueron infrecuentes los problemas de alcoholismo y de depresión —enfermedad que el primer ministro también padecía y a la que denominaba como su «perro negro»—, hasta el punto de que una de sus hijas acabó suicidándose.

Ingresó en la escuela militar de Sundhurst, en la caballería, y, tras finalizar sus estudios —año y medio—, fue destinado a la India. Estuvo en Cuba como observador acompañando a las fuerzas españolas y se desplazó a escenarios de guerra en calidad de periodista, iniciando una actividad literaria que sería una constante en su vida. Así estuvo en Malakand (nordeste de la India), en Ondurmán en el contexto de la guerra anglo-sudanesa y en la segunda guerra bóer, donde fue apresado y escapó.

Tras este tránsito por lo militar y operativo, ingresó en el mundo político en 1900 y ya no abandonaría este hasta 1964, un año antes de su muerte. Era un tiempo en el que, en sus comienzos, la aristocracia aún dominaba la política y la cultura del país. Churchill fue su último gran representante, dando con ello paso definitivamente a la burguesía y al *welfare state* tras la Segunda Guerra Mundial, en el que el líder que había conducido a la nación a la victoria en la guerra fue derrotado en un proceso electoral tras una campaña electoral mal llevada.

Era visto con desconfianza en tiempos de paz por su carácter vigoroso que se acomodaba mal a los problemas del momento; sin embargo, demostró ser un líder inigualablemente alentador solo porque era más dominante y agresivo que cualquiera de sus semejantes. En 1945, tras el fin del conflicto en Europa, fue expulsado del poder. Su caso prueba que, en democracia, quienes ganan una guerra rara vez continúan siendo líderes en la paz, sobre todo en sociedades poco militarizadas. Cumplen su función, después las sociedades buscan otro tipo de líderes para los nuevos problemas.

En lo personal, combinaba soberbia junto con necesidad de reconocimiento. De aguda inteligencia, sus labores como político y escritor, dos formas apropiadas de ganarse la vida para los miembros de su condición, se reforzaban mutuamente, sacando partido la una de la otra.

Así, su labor política se benefició de su capacidad comunicativa en un tiempo en que el parecer del pueblo resultaba ya imprescindible para la acción política. Su oratoria, lo mejor del parlamentarismo británico, ha dejado célebres e históricos discursos que son referencias para la humanidad. Y su labor literaria se benefició recíprocamente de su experiencia política y, sobre todo, de disponer de acceso a personas, documentos y fuentes que sirvieron al proceso de decisión. Y, de nuevo a la contra, fue utilizada para poner en valor o justificar su actividad política y decisiones, y hasta para justificarse y pasar factura a sus rivales del pasado. Al escribirla, se adueñó de la verdad.

Su vida política, que se desarrolló entre los partidos Liberal y Conservador, estuvo marcada por la guerra toda vez que formaría parte del Gabinete británico durante la Primera Guerra Mundial y lo lideraría durante la segunda. Además, tuvo que lidiar con el problema de Irlanda, que se independizaría en 1924. Y es que la guerra es la alteración abrupta y sangrienta de las relaciones geopolíticas, lo que viene a explicar el tiempo que le tocó vivir. Su vuelta como primer ministro en 1951, a la edad de 77 años, hasta 1955, en que comenzó a tener problemas de salud, tiene el regusto de aquellos tiempos.

Como subraya Juan José Laborda, en su personalidad poliédrica se suman pensamientos, convicciones y deseos que no podía integrar en un mismo espacio y,

menos aún, en sus fundamentos morales. Así, agnóstico, era un imperialista arquetípico que no comprendió a Gandhi ni la descolonización, pero que apoyó la creación del Estado de Israel y, aunque favorable al colonialismo, estuvo en desacuerdo con la esclavitud y el racismo, mostrando una especial prevención frente a los dictadores, ya que estos desatendían los necesarios límites de la acción política y que son, precisamente, el fundamento del parlamentarismo británico. De hecho, fue de los primeros en comprender el peligro que Hitler representaba.

Acabada la imagen de urgencia que impone una guerra y que hace que imperen los colores blanco y negro, el resultado de tanta contradicción es esquizoide en lo político y no puede extrañar que acabase por calar en lo humano y derivar en lo patológico. A no ser que lo que sucediera fuera lo contrario o, más probable aún, que la superposición de ambos procesos lo convirtieran en el hombre del momento. Los dones y los defectos, cuando son grandes, alteran los siempre difíciles equilibrios con que se construye la personalidad. Y eso es más probable cuando se suman a una permanente voluntad de poder, lo que acentúa los siempre complejos equilibrios de la personalidad.

No viene mal traer a colación, aprovechando el trabajo de Domínguez, que el liderazgo es un proceso que cuando es asumido, se autoalimenta, de forma que el líder cada vez demandará más poder y será más exigente en recibirlo.¹ En esta línea, Nixon² citando a McGregor Burns, sostiene:

«Los presidentes han de poseer voluntad de poder o no tendrán éxito como presidentes. Han de buscar constantemente el poder, construyéndolo, si fuera necesario con cada fragmento de autoridad formal y de influencia personal que puedan encontrar. Han de guardar constantemente el poder que hayan logrado. Han de atesorar poder para que esté disponible en el future³».

Compárese con la opinión apuntada por Vallejo-Nájera:

«El líder nato lo es porque tiene impregnado todo su ser en la pasión de mandar y con ella una condición casi fanática de empeño en el contagio de su ideal y la disposición a sacrificarlo todo por conseguirlo... y automáticamente por imponerlo. No bastan el talento, ni las condiciones personales, hace falta una motivación tan cargada emocionalmente que rebasa las premisas de lo razonable⁴».

1 VV. AA. (1999). *Apuntes de Polemología*. Escuela Superior del Ejército, Escuela de Estado Mayor. Documentos de Trabajo del Departamento de Estado Mayor. Capítulo X.

2 H. R. Haldeman, jefe de Gabinete de Nixon entre 1965 y 1973, revela en sus memorias la paranoia del expresidente de EE. UU. No solo estaba obsesionado con la imagen, sino que la furia le desbordaba cuando leía resúmenes de prensa contrarios a su política. Matey, P. (1994). Delirios de Grandeza [en línea]. *El Mundo*. [Consulta: 2024]. Disponible en: <http://www.elmundo.es/salud/1994/129/00500.html>

3 Nixon, R. M. (1980). *La verdadera guerra*. Barcelona, Editorial Planeta, p. 281.

4 Vallejo-Nájera, J. A. (1992). *Locos egregios*. Editorial Planeta.

Desde un enfoque psicológico se puede explicar la lucha de una persona por encaramarse a la cima del poder como forma de compensación de los complejos personales que le conduce a enfrentarse sin desmayo a las dificultades⁵. Tal es el caso de Churchill y la razón que le convirtió en un líder providencial.

En cualquier caso, por su determinación y su proclividad a la acción, Churchill es un personaje controvertido y hasta temido por propios y extraños. Su gran valor, qué duda cabe, fue comprender con claridad meridiana los peligros que el nazismo encarnaba, lo que le llevo a combatirlo de manera activa, posicionándose para ello, desde el primer momento, tanto frente a una derecha apaciguadora como frente a una izquierda pacifista.

Pero también incorpora en su haber no pocos fracasos; resultado natural, tal vez, de su proactividad y de estar permanentemente en primera línea. Algunos de ellos son de sobra conocidos, como la derrota en los Dardanelos (Gallipoli), mientras lideraba la marina británica durante la Primera Guerra Mundial.

En otros casos, por controvertidos, no se insiste tanto, en reconocimiento —tal vez y como se ha dicho— a su labor frente al nazismo. Este es el caso de la entrega de Polonia a la URSS, cuando su invasión, como consecuencia del acuerdo Molotov-Ribbentrop, había sido causa de la guerra mundial. La puesta a disposición de URSS y la ex-Yugoslavia de todos los prisioneros de tales orígenes que habían combatido con Alemania durante la guerra. O, en el contexto de esta, la negativa a auxiliar a la India durante la hambruna generada en Bengala por un tifón en 1943 y que pudo acabar con millón y medio de personas.

En fin, Churchill es el *leitmotiv* de un libro que señala toda una época y una tipología de líderes estratégicos. Su figura acredita cómo la determinación, el coraje, el valor y la tenacidad son imprescindibles para tal fin. El liderazgo y el valor están indisolublemente asociados; sin valor no hay decisión y sin decisión no hay líder. Y es que, en no pocas ocasiones, las actitudes son más relevantes que las aptitudes. A lo que se añade que, cuando a las actitudes se suman las aptitudes, la temeridad se descarta y se obtienen resultados. Los líderes estratégicos deben contar con una cierta agresividad que la razón debe dominar. De esta forma, se mueven siempre en los límites del posibilismo, creando y expandiendo el marco de opciones disponibles.

Su mitificación y el olvido de sus fallos han hecho de él un héroe, un cruce entre los dioses y los hombres a lo que, sin duda, ha contribuido que él mismo, con notable pluma, escribiera su propia historia, como Domínguez ha venido a recordar, mostrando de paso todo un elenco de líderes y una época decisiva.

Recensión recibida: 14 de septiembre de 2024

Recensión aceptada: 14 de enero de 2025

5 VV. AA. (1999). *Apuntes de Polemología*. Escuela Superior del Ejército, Escuela de Estado Mayor. Documentos de Trabajo del Departamento de Estado Mayor. Capítulo X.